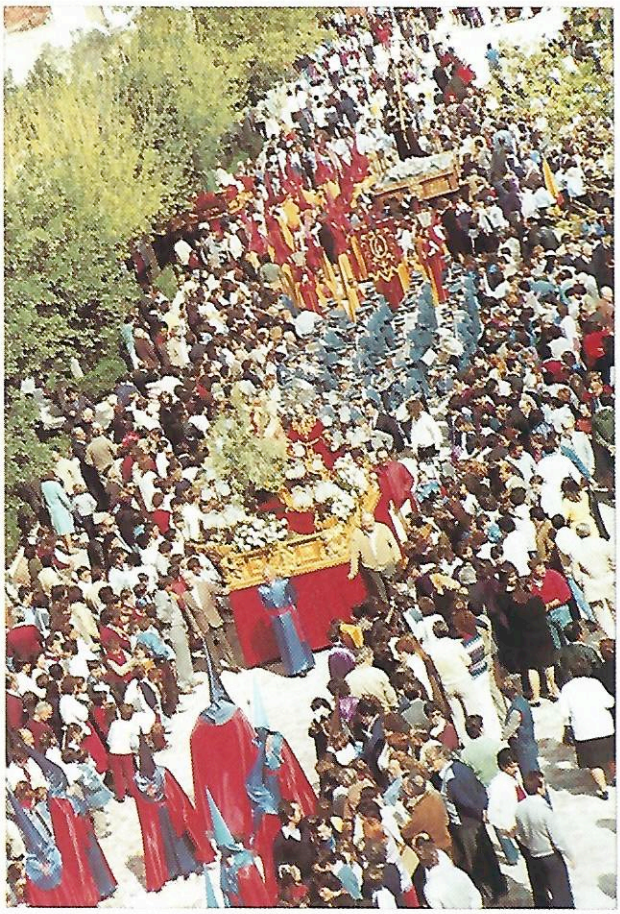


Foto: J. ALFONSO VIUDES

conmemorar la Pasión, Muerte y Resurrección de Cristo con la solemnidad y brillantez exigidas por su arraigada devoción por el rezo del Vía Crucis; pero la celebración de la naciente Semana Santa crevillentina a sólo seis meses de las fiestas patronales, en una época en que los medios materiales eran muy escasos, planteó de inmediato el dilema de renunciar a una de las dos celebraciones en beneficio de la otra, ante la imposibilidad de atender dignamente las dos con la intensidad y el decoro requeridos por la sensibilidad y la propia estimación de nuestros predecesores, o resignarse a celebrar ambas en un tono menor al relieve deseado.

Tras muchas dudas y cavilaciones se optó por la primera alternativa: celebrar de momento una de ellas, con la voluntad y la esperanza de volver a celebrar las dos cuando las circunstancias económicas lo permitiesen. Difícil opción, por cuanto a favor de la continuidad de las fiestas patronales contaba su antigüedad y el brillo alcanzado, y al de hacer realidad la anhelada y recientemente iniciada celebración de una Semana Santa propia, el impulso ascendente de las nacientes cofradías y el entusiasta apoyo del vecindario, cada vez más entusiasmado y volcado a favor de este proyecto. «Primero es Dios que los santos», debieron pensar nuestros antepasados; y se decidieron por la Semana Santa, anteponiendo su sentimiento religioso al contenido lúdico de las fiestas patronales. Y así decidieron, en 1700, suspender temporalmente los desfiles de Moros y Cristianos, vender los trajes festeros, y con el importe de la venta comprar «vestas», dejando para mejor ocasión la reanudación de los desfiles de Moros y Cristianos, que en 1966 pudieron, al fin, reanudarse con singular animación y brillantez, favorecidos por el auge económico de la década de los años sesenta; confirmando con su renacimiento, la importancia y el acierto de aquella decisión, gracias a la cual fue posible cimentar sólidamente nuestra Semana Santa y poder compartirla hoy en día con unas magníficas y renombradas fiestas patronales de Moros y Cristianos, que el espíritu emprendedor y la creatividad de los habitantes de la villa han sabido situar entre las primeras de su género que tienen lugar en el sureste español, cuna y ejemplar animador de estas celebraciones.

ESPONTANEIDAD Y TRADICION

La espontaneidad ha sido y continúa siendo un importante factor en nuestra Semana Santa. Casi todos los «pasos» (el último de ellos, «San Juan de la Tercera Palabra de la Cruz», de Benlliure, traído hace veinticinco años por Vicente Martínez Mas) se deben a la espontánea decisión de adquirirlos por particulares, a cuyas expensas se procesionaron inicialmente hasta que, a su alrededor, se formaron las correspondientes cofradías, cuya autonomía funcional y participativa fue, hasta el año 1923, poco menos que absoluta, lo que en algunos casos dio lugar a una serie de inconvenientes para cuya eliminación se acordó constituir, en dicho año, la primera Junta Local de Cofradías, encargada de organizar las procesiones, cuya solemnidad y renombre era cada vez mayor, y hacer viables las iniciativas de aquéllas. Uno de los mayores aciertos de esta Junta fue el compaginar las exigencias de organización de los desfiles con las características de improvisación y espontaneidad tan arraigadas en las tradiciones populares, como por ejemplo la concentración vespertina del Miércoles Santo, tan llena de espectacularidad y colorido en un ambiente inenarrable; o la masiva y espontánea incorporación de espectadores al coro de La Dolorosa, en «la baixá del Calvari», el mediodía del Viernes Santo.

Esta característica espontaneidad se manifestó clamorosamente en 1951 y varios otros años después, como fervoroso deseo popular de continuidad en la celebración de las procesiones, que ininterrumpidamente han tenido lugar en nuestra villa, desde sus comienzos, sin otro paréntesis que el obligado de la guerra civil. Cuando en dicho año amaneció lluvioso el Viernes Santo, tras una noche de lluvia copiosa y pertinaz, se hizo evidente que nos íbamos a quedar ese año sin procesión mañanera del Gran Día; pero cuando a las nueve y media, «l'hora del pa torrat», hubo un clareo, las cofradías sacaron los «pasos» a la calle, sin esperar a más, pese a la inseguridad del tiempo y a la falta de instrucciones, y los subieron al Calvario con el orden y colorido proverbiales, para que tampoco ese año dejara de celebrar la tradicional y multitudinaria procesión de «la baixá».

Esta espontaneidad no está reñida, en modo alguno, con la organización y el buen orden de los desfiles, ni mucho menos con su continuidad; porque la inspiración que impulsa a la espontaneidad se arraiga en el espíritu de su protagonista hasta alcanzar con el tiempo categoría de tradición. Tal fue el caso de Víctor Mas Pérez, Antonio Lloret Belén, Juan Pedro Carreres (padre e hijo), Tomás Galipienso y Antonio Candela Polo, quienes uniendo su vocación artística al deseo de participar en «Els Dolós», decidieron, sin previo acuerdo, aprender a tocar el violín y durante muchos años formaron la sección de cuerda de la orquesta del Septenario, hasta que hace unos pocos años quedó compuesta exclusivamente por instrumentos de viento; siendo público y notorio que estos entusiastas músicos «semanasanteros» actuaron casi exclusivamente en el tradicional Septenario de Los Dolores, pórtico admirable de nuestra Semana Santa, y que sólo en muy contadas ocasiones, y siempre formando parte de la Orquesta de Cámara fundada y dirigida por el inolvidable maestro Ruiz Gasch, participaron en actuaciones públicas.

Espontaneidad en la tradición; aparente contradicción que se hace armonía y virtud creadora en cada celebración de nuestra Semana Santa.

Semana Santa de 1987